

“¿Volver a los infiernos? ¡No, gracias!”.

La imprescindible deconstrucción
del psicoanalista para un verdadero
proceso analítico

OLGA VARELA TELLO*
ADRIANA LIRA RAMÍREZ
MARÍA ESTHER GUZMÁN BARAJAS
MARÍA CRISTINA ESPINOSA RIVAS

El proceso psicoanalítico es una deconstrucción constante, es una investigación sui géneris; como su nombre lo dice, analizar se trata de examinar detalladamente, separando, descomponiendo, para conocer y acercarnos más a la realidad alejándonos de lo imaginario. Así, para llegar al surgimiento de lo no dicho, como decía Lacan (1975), se necesita desintegrar lo soldado en el síntoma, desidentificarse, tal como es hacer análisis descomponiendo el todo en partes. También André Green (1974) concuerda con la idea de la necesidad de que el analista se desabroche de lo ya sabido, consciente racional para que surja la terceridad.

Decimos sui géneris, ya que esta investigación se realiza entre dos personas: paciente y analista, siendo éste el proceso a través del cual el paciente advendrá sujeto. Ambos son participantes por medio de su inconsciente. El analista es una parte esencial de este proceso, puesto que puede facilitar u obstaculizar la investigación que está basada en la escucha. Obstaculiza cuando él no ha develado en su propio análisis sus prejuicios, fantasías y defensas que le impiden escuchar en el encuentro lo que se genera en el inconsciente. El analista pone en juego su deseo de saber, y ayuda al sujeto a devenir y descifrar su propio inconsciente.

Este trabajo surge de la experiencia vivida en un grupo de investigación creado por la inquietud y el deseo de comprender lo que sucede en el trabajo analítico entre paciente y analista a través de estudiar el material obtenido en las sesiones analíticas y presentadas a la escucha en el grupo a manera de análisis de control grupal. En el grupo, tal como sucede en la sesión de análisis, para poder dar lugar al encuentro de eso desconocido que resuena de la palabra del otro en algunos momentos del encuentro con el discurso, para acceder al encuentro con lo inconsciente, el analista debe estar disponible a ser invadido por las pasiones

*Grupo de investigación
Psicoanalistas titulares
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara

olgavarela@hotmail.com



del paciente y ante el encuentro con ese material, para así poder de-construir (analizar) lo acontecido en esa sesión. Así, al ir transcurriendo la presentación del material, el grupo va sintiendo, dejándose llevar y hablando de ello y es ahí, a partir de algo que surge en el momento del encuentro en el análisis, que se crea algo del orden de lo inconsciente y entonces empezamos a tratar de entender. Primero sentimos y luego entendemos. Se ha podido, como en un análisis, deconstruir al supervisando a partir de la deconstrucción del supervisor o de los asistentes del grupo. Cuando se permite la deconstrucción hay una profundidad a la que no se llega cuando hay un Yo consciente actuando. Nos enfrentamos a la imposibilidad de comunicar lo sucedido en ese espacio debido a la naturaleza propia de lo inconsciente, sabiendo que una vez que lo nombramos ya no es.

Nos preguntamos: ¿qué se necesita para una escucha analítica? Por supuesto, escuchar a lo inconsciente, pero para ello sólo podemos hacerlo a través de lo inconsciente, a través de lo sensorio, como lo señala Laplanche (2012). Lo sensorio en el encuentro con el Otro diferente provoca algo del orden de lo real; a partir de aquí, el Yo entra para tratar de explicar lo inabordable que se percibe únicamente a través de la sensación, y es por medio de la actividad del Yo, a lo cual Green llamaba proceso terciario, que surge la palabra que explique eso que anteriormente fue sólo sensorial. Esto es a lo que le llamamos la subjetividad del analista y un trabajo yoico *après-coup* con un esfuerzo por representar lo irrepresentable, surgiendo la palabra que da sentido. Sin el trabajo a este nivel, no hay análisis, no hay otra manera de analizar; si el analista no renunció a sí mismo, este nivel de verdadero análisis no es posible.

Lacan remarcó los señalamientos de Freud, apuntando que la transferencia tie-

ne un lugar preeminente en la cura, y sólo se entiende a través del analista, pero éste puede ser el mayor obstáculo. Por lo que afirma: "Pero lo que es seguro es que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto y que, si se reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién conduce" (Lacan, 1975, pág. 569).

¿Cómo hacer entonces que aflore lo inconsciente del paciente en análisis? Puesto que lo inconsciente es lo que llevará al paciente al conocimiento del propio ser.

La posición del analista en el momento del surgimiento de lo inconsciente en transferencia, puede ser un obstáculo o un momento creativo a la interpretación. El analista en su posición se encuentra indefenso, desprovisto de posiciones teóricas, de recuerdos, de historias que, de no ser marginadas, no permitirán la producción inconsciente, pues quedaría obturado por éstas. Un aparato psíquico no se suelta por conocer mucha teoría o por entender la transferencia a nivel conceptual. Para eliminar las certezas, para lograr la deconstrucción, el analista tiene que ser humilde. Esto también lo hemos podido observar en el grupo de investigación creado para intentar dar cuenta de lo que sucede en el encuentro entre paciente y analista, y al que preferimos nombrarlo más como un análisis de control que como un grupo de supervisión, ya que *supervisión* equivale a que un psicoanalista efectúa un trabajo de visión superior sobre otro psicoanalista o candidato, lo que apunta a una cierta posición de supremacía desempeñada por el psicoanalista, que se presupone que sabe más sobre el otro, al que se supone va a enseñar a trabajar. Esta dificultad se puede resolver si entendemos supervisión más como una discusión entre pares que se encuentran para el estudio del material obtenido en una sesión psicoanalítica, realizada



por uno de ellos (supervisado), en donde la atención, flotante, no se detiene en el contenido manifiesto y es sensible a los detalles secundarios, rasgos poco estimados, del residuo de la observación, cosas secretas o encubiertas (Freud, 1890-2004) y atiende a lo que en el analista resuena de la palabra del Otro en determinados fragmentos del discurso del paciente, que incluye, además de las intervenciones y del trabajo del analista, el saber psicoanalítico de los dos pares.

Nos adentramos en el seno de la “situación analítica” (Baranger, 1969) para pensar en algunos acontecimientos que tienen lugar en este proceso. Entender el trabajo en transferencia implica saber-poder escuchar lo inconsciente producido en sesión, implica algo de la subjetividad del analista que participa activamente en este proceso, incluyendo un verdadero trabajo mental (Green, 1974).

El analista en sesión se modifica, y esta modificación es lo que nos permite disponer de un valioso instrumento que servirá también, en definitiva, para modificar la subjetividad del analizando. La constitución de un entramado resultante de las relaciones intrapsíquicas e intersubjetivas, en el sentido que le da Aulagnier (1977) a este encuentro entre dos subjetividades.

Freud (1912) señala cómo el inconsciente receptor estará dirigido hacia el emisor, *acomodado* a él; para poder servirse del mismo *como instrumento del análisis*, la atención flotante de la escucha analítica, contrapartida de la asociación libre del paciente, “implica que el analista sin resistencias que le aparten de su conciencia lo que su inconsciente ha discernido”. De aquí que Lacan enuncie en su retorno a Freud que la resistencia es del analista.

Psicoanalizar implica crear el inconsciente, que se origina en el momento del encuentro, empresa que se logra si acepta-

mos vivir esa aventura, tolerar lo desconocido y lo traumático que puede llegar a ser. Aunque sabemos que enfrentar a un Otro diferente siempre resulta un impacto para el Yo. Partimos de la idea de que algunas de las resistencias del paciente están sostenidas desde los puntos ciegos del analista; el analista juega un papel fundamental en ese encuentro. ¿Nos preguntamos qué pasa en el analista, qué sucede que, aunque afanosamente busca el surgimiento del inconsciente, instalando el dispositivo analítico que dicta la teoría y la técnica, no logra su objetivo? Rotundamente afirmamos que el dominio teórico y técnico para dar cuenta del inconsciente no sirve, que en ese momento el analista debe soltar toda conexión consciente y abandonarse a eso extraño que amenaza y que lo lleva a defenderse, lo que nos muestra la complejidad del ejercicio psicoanalítico que implica un riesgo ante la necesaria entrega de la psique y del cuerpo de éste que debe jugarse, pues ya desde que abre la puerta para recibir al paciente, hay un encuentro entre lo imaginario y la realidad. Una imagen que al momento de la entrada de la realidad tiene que ser remodelada, reestructurada para permitir un nuevo encuentro; de lo contrario, al paciente lo hacemos repetir en lugar de reorganizarse. Esto es lo que entendemos por dejarse tocar por lo inconsciente, vivencia a la cual el Yo no siempre accede a tolerar por temor a ser destruido y no poder volver a construirse, o peor aún, por el miedo a encontrarse ante un Yo frágil y desintegrado. Es necesario hacer una relación con el paciente, afectiva y efectiva, lo cual permite que éste se interese en relacionarse con el analista; y es hasta que los dos desean, que se hace una relación y se produce la deconstrucción por el ingreso del Otro.

¿Qué necesita un analista para poder lograr la capacidad de entrega y poder de-



construirse? Se necesita poder quitar el Yo que siempre es imaginario, es producto del Yo-ideal, "*his majesty the baby*". Pasar de lo imaginario a lo Real por más terrible que sea lo Real.

Lo imaginario, en el contacto con la realidad, se va convirtiendo en otra cosa. Al analista lo que le estorba es no encontrarse con la realidad, si éste sigue en lo imaginario sin decantarlo no hay transformación, sólo repetición. Era el punto de quiebre al que se refiere M. Baranger, que cuando el paciente cambia y el analista no ve que cambió, lo sigue sujetando en el mismo lado y que es lo mismo de iatrogénico que puede tener el diagnóstico, cuando mantiene una imagen en la que el paciente tiene que embonar para tranquilidad del analista, en lugar de que esa imagen sea deconstruida de forma permanente, sesión tras sesión.

Cuando el encuentro es dinámico, cuando hay un movimiento, hay una reestructuración, hay una construcción-deconstrucción-construcción; eso es vida. Cuando no hay movimiento, la resistencia va por parte de los dos participantes del campo analítico.

En el "campo dinámico" (Baranger, 1969) está presente un juego de fuerzas, consideramos así al encuentro psicoanalítico, un encuentro de deconstrucciones. Un encuentro siempre conflictivo. Esta colisión va a dar lugar a una transferencia, y sin ella y todas sus complicaciones, no hay análisis. La teoría del conflicto implica muchas cosas, el análisis es difícil, implica la resistencia; en el análisis, a lo que nos enfrentamos es a desafiar al conflicto y a la resistencia para desanudar la trabazón, sólo así estamos analizando; entonces el paciente puede no querernos, y todo lo que implican las pasiones que despierta la presencia de un Otro deseante. Por eso consideramos que si el análisis, con la dupla participante, no

se juega en este nivel, tampoco estamos en el registro del inconsciente y no se da ninguna deconstrucción.

Todos nos hemos enfrentado a este fracaso del analista ante el encuentro con lo inaprehensible, lo enigmático del inconsciente, lo que nos lleva a pensar en la necesaria de-construcción del analista, en lo importante de permitirse el encuentro con su propio inconsciente. La deconstrucción del analista le permite entrar en sintonía con la producción del inconsciente del paciente y hacer resonancia con éste para luego declinar y permitir el surgimiento del tercero a través de la interpretación en transferencia, y no interpretación de la transferencia.

¿Pero cómo aprender y, aún más, cómo enseñar este proceso? ¿Cómo comunicar la forma en la que se realiza el trabajo analítico, si éste no puede explicarse en forma lineal, si sólo se da a partir de que el analista puede experimentar la deconstrucción en su propio análisis y supervisión? Tenemos que darnos cuenta de que en el psicoanálisis nos movemos en el ámbito de la transmisión, que sólo podemos hacer sentir la pasión por el encuentro con el inconsciente siempre y cuando lo hayamos vivenciado, haciéndose imposible si nos colocamos en el lugar del Sujeto Supuesto Saber, y refugiándonos en el narcisismo, siendo éste el muro que no nos permite acceder a él y que convierte el encuentro en algo estéril, repetitivo y monótono, ante la imposibilidad del analista de entregarse, de no abrirse a lo inesperado mostrando su ausencia de compromiso, su no apertura a un conocimiento nuevo que lo sorprenda e impacte, ante el miedo a quedar atrapado por esa semejanza y esa diferencia que implica la vivencia en transferencia, para luego ofrecer ese conocimiento al paciente en ese encuentro transferencial que lo lleve a moverse de la repetición y a reordenarse de otra forma al hacer surgir al tercero.



Estas ideas nos conducen a la patología del analista, que debe ser analizada conociendo sus defensas y limitaciones a través del análisis personal y de control. Es la aceptación del sí mismo, la roca viva a la que Freud alude.

El punto es que el analista tiene que trascender su satisfacción y su idea de felicidad al deseo de saber, de tener una amplitud de conocimiento. Debe sentir en esa entrega todos los afectos que se movilizan, pero no actuarlos. Lo que queda del análisis del analista es la renuncia pulsional para pasar al conocimiento (Mannoni, 1989). Entonces la represión ya no es tan importante, porque hubo una represión primordial que es la castración simbólica, y en el momento en que se renuncia aparece el futuro de toda una vida, el acceso al principio del placer. Como decían los existencialistas: "Hay que aceptar la muerte para empezar a vivir". Se renuncia al goce y se accede al placer y al principio de realidad.

El analista tiene que tener la flexibilidad de que a cada encuentro con la realidad debe permitir procesarla, modificando su imaginario.

El ejercicio del psicoanálisis y su transmisión nos colocan una y otra vez ante la práctica clínica, punto de quiebre o de fracaso si no nos sujetamos a la "protección" que otorga el análisis que le permiten al analista confrontarse, salir de esa relación imaginaria en la que fácilmente se atrapa, llevándolo al fracaso del tratamiento. Es sólo a través de los afectos que se generan en los que participamos en el grupo de investigación, al ir escuchando la presentación clínica y permitiendo de-construirse, que podemos, así mismo, ir de-construyendo el material, al mismo tiempo que, a través de contener al analista que presenta su material clínico, éste puede de-construirse y comprender algo del orden del inconsciente, comprender a otro nivel.

Ubiquémonos en la sesión, ¿qué sucede? Debemos identificar si ésta se da en lo concreto de lo real o en el conflicto, que es lo propio de lo pulsional. El analista es el blanco de las pasiones, éstas surgen en bruto durante las sesiones para ser domeñadas y que, así, el paciente pueda amar, por lo que si no hay demanda no hay paciente ni análisis, situación importante de identificar para no iniciar un pseudo-análisis.

La de-construcción consiste en jugar el juego que el paciente ponga, es poder entregarse sin miedo y sin paranoia para que las pulsiones se movilicen, por lo que si nos mantenemos en el relato y no desbaratamos el material hasta sus más mínimos elementos, no estamos tomando el lugar de analista y lo único que hacemos es racionalizar, conservar el mito que trae el paciente en lugar de escribir una nueva historia en la relación transferencial, a través de poner Eros, de libidinizar al paciente. Con la relación, el analista invoca al paciente a que se relacione con esos objetos nuevos; esto reedita todo lo que trae con el fin de reorganizarlo una y otra vez en la realidad, para entonces incluir al tercero y provocar que se corte la repetición. Es en la intimidad, trabajando en transferencia, que el paciente tolera que uno lo desbarate. La diferencia entre un análisis que no se mueve y otro que deconstruye y rehistoriza, se ubica en el lugar de lo irrepresentable del que Freud habló en su artículo "Sobre la psicología de los procesos oníricos" (Freud, 1900-1901). Si no analizamos lo irrepresentable, lo que hacemos es continuar en la repetición, haciendo correcciones para seguir en lo igual, rearmando al paciente en sus propios mitos y teorías, completándolo. Esta es la ortopedia a la que hace referencia André Green.

Pondremos un ejemplo de los experimentados en las sesiones de análisis de control. Una de las analistas, al escuchar



el material, experimenta ciertas ideas que identifica como superyoicas sobre las expresiones del paciente. Las demás integrantes van sintiendo la fragilidad en la que se encuentra el paciente. Reflexionando en el porqué, si el paciente está tan destruido, la analista piensa en un paciente que se encuentra muy cómodo. Despejando su sentir en el grupo, encontramos que, en realidad, esta imagen de comodidad y crítica, al decir del paciente, le permitía a la analista defenderse de forma paranoica ante el riesgo de exponerse como analista ante la destrucción en la que llega el paciente, contacta con ello y la alarma yoica paranoica se activa, defendiéndose con un superyó que ataca y, así, no se permite deconstruir hasta la destrucción. Contactar con el paciente acerca a la vivencia de la angustia y de la caída yoica, entonces proyecta la comodidad en la paciente con una explicación superyoica; ante el contacto de intensidad, se activó la desesperanza inconsciente y terminó actuando en una interpretación aseguradora, fuera de lugar, en lugar de construir.

Es imprescindible observar que las interpretaciones creadas por el analista tienen que ver con su Yo en el momento en que la habla. El analista se tiene que desarmar para poder tomar los elementos de la interpretación; si no se desarma y se defiende permaneciendo en lo verbal pre-consciente, desde allí va a interpretar sin tomar en cuenta ni tocar lo inconsciente. Hay una confusión e indiferenciación con el paciente, pero llevado al nivel concreto de forma paranoica-defensiva. En este ejemplo se toca lo íntimo, pero sin poder desprenderse para construir. A la hora que el paciente viene mal, el analista percibe el peligro para su Yo, que no se sostiene, aparece una alucinación negativa de la gravedad del paciente, entonces racionaliza en una interpretación, parando su deconstrucción.

El analista cree que está trabajando, que se conectó, cuando en realidad hizo una alucinación negativa para irse de lado evitando el derrumbe propio.

Estas defensas del analista también podemos entenderlas desde el lugar del Sujeto Supuesto Saber que obtura el despliegue inconsciente con las teorías para quedar en el lugar fálico-narcisístico. De aquí la importancia de la tercera mirada, debido a la facilidad con la que se crea una realidad para el paciente, originada en la dificultad o punto ciego del analista de su propia realidad desvalida, perversa o psicopática, y que le enciende sus defensas paranoicas, librándose de verse y experimentarse a sí mismo.

El análisis de control grupal nos ha servido de un buen continente para el analista, para lograr deconstruirse en sesión y trabajar en transferencia a partir de poder deconstruirse en las supervisiones y vivir la transferencia. Tener la posibilidad de tolerar el desorden, sin cerrar coartando el desarrollo pulsional.

Por ejemplo, una de las analizistas describe al grupo de investigación lo que le sucede en las sesiones con un paciente en particular. La analista, al escuchar al paciente, que se encuentra sentado frente a frente, entra en una especie de estado de duerme vela, y habla sin tener plena conciencia de lo que dice, pero en conexión con lo vivenciado en sesión con el paciente. Podemos pensar que la analista se deja usar y a través de ciertos momentos de intimidad permite que el paciente se reorganice. En otros momentos, la analista se asusta de perder los referentes secundarios y puede llegar a ver al paciente menos grave, le interpreta como si el paciente fuera obsesivo; en estas sesiones, la analista no entra en el estado semiinconsciente, pero las sesiones se sienten vacías y el discurso se escucha enfadoso, como que ya no



hubiera cambio. La defensa obsesiva era del analista, quien hace una construcción previa antes que volver a sentir el horror de lo informe.

Como hemos ido mostrando, la investigación nos ha llevado a vivenciar y, a partir de ello, afirmar que en el momento del encuentro se realizan las movilizaciones necesarias para el análisis, mas como cualquier encuentro con el Otro es traumático, es también allí donde se observa claramente que la falta de proceso y la resistencia va desde el analista.

En el curso de esta investigación, también nos planteamos: ¿será que la escucha analítica se trata de identificaciones concordantes y complementarias, como lo planteaba Racker (1958)? O, ¿qué más se juega en este encuentro?

Baranger, Green y Winnicott han propuesto la creación de un espacio potencial, un proceso y espacio terciario creado en esta situación, donde el análisis del analista le permite a éste utilizar los propios contenidos inconscientes, movilizados en el encuentro de la sesión, extraviarse y recuperarse.

Lo que hemos vivido en estas experiencias clínicas compartidas son estas movilizaciones que muchas veces le generaron al analista la puesta en marcha de mecanismos defensivos que alteraron el curso del tratamiento.

Es muy fácil que el analista, que de fondo es perverso polimorfo como todos, se quede en la perversión. Cada vez que el analista no dice lo que piensa, no se deconstruye y no hace una movilización por sus propias resistencias, hace un campo perverso, por lo que es muy fácil que el campo de la terapia se quede en la perversión que aleja y escinde la realidad. La perversión descoloca al analista de su función. Por ejemplo, cuando la histeria del analista lo lleva a complacer al paciente y lo seduce, o bien, cuando se pone distante como en

el ejemplo señalado anteriormente, en el que la analista entra en ensoñación, y bien, o se distancia obsesivamente o no le es posible recuperar el material en nivel simbólico para enunciar la interpretación. Este movimiento y la activación defensiva hacen perder piso al analista, perdiendo su "deseo de analista" de búsqueda de la verdad, para quedarse en un deseo de satisfacción por la conflictiva propia aún no adecuadamente elaborada. La puesta en juego de dos aspectos en el analista: uno vivencial, de-construido alejado de lo secundario-simbólico que se entrega olvidándose de sí; y otro observador racional que no se olvida de sí y ejerce un control simbólico de sí mismo, "segunda mirada" (Baranger, 1982) con la que el analista se incluye, también como objeto de observación. Permea toda la recepción de los diferentes modos de representación, no sólo de lo secundario. El vivenciar del analista, en regresión y progresión, se genera a partir de lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo, y es de aquí de donde el analista enuncia la creación que dice algo nuevo.

Entonces se trata de atravesar el plano identificatorio-imaginario para que la de-construcción del analista no se convierta en un obstáculo. El analista, para de-construirse, deberá desprenderse de sus ideales, de su consistencia yoica, evitando que la producción de angustia de éste suelte las amarras, que lo dejan expuesto hacia lo Real propio frente a los deseos del analizante, que lo pongan a la defensiva y lo reconduzcan a sus prejuicios y armado teórico. Al atravesar el plano de las identificaciones simbólicas e imaginarias, nos encontramos en la zona pasional, y es en ésta en la cual realmente se realiza la escucha analítica que sólo *a posteriori* tomará sentido.

El analista, por su análisis personal y de control, se hace más permeable al regis-



tro pasional y fortalece no su Yo, sino el deseo de analista; se convierte en un analista más firme y más fuerte para los avatares del análisis, es cuando al decir de Lacan: "El analista ha mutado la economía de su deseo" (1961). El deseo de analista está colocado más allá de la represión y sostenido en un punto de lo Real, no se satisface con las identificaciones; por ello la implicación del analista de la que hablamos no está realizada con la identificación. El analista habla en primera persona, con toda su persona, no se satisface y esa es la posición analítica de búsqueda que le permite mantenerse a disposición sin sucumbir a lo imaginario ni a lo secundario, hasta un *a posteriori*, como lo señala Mannoni (1989).

Cuando un analista está comprometido, va siguiendo al paciente con todo su ser; el analista tiene que ir más allá del conflicto del paciente. Es una disponibilidad del analista para dejarse enredar, invadir, y tardarse en salir de ahí para poder interpretar en *après coup*. El análisis sólo es posible con un analista que permite la inoculación, la invasión, a decir de los kleinianos, un trabajo como lo señala Sapisochin (2013), con "la puesta en escena". Un analista que se permite enloquecer y salir de la locura en la que entra. El Yo racional es un obstáculo que no permite los momentos psicóticos experienciales. Esto es lo mismo que en el grupo de investigación hemos vivenciado en la supervisión; en el momento de la presentación del material de una sesión, los integrantes en escucha nos vamos desesperando, sintiendo, afectando, y sólo en un *a posteriori* podemos entonces explicar esta invasión. Perder el Yo observador es meterse a los infiernos. Es el punto vital de permitir la producción de lo inconsciente alejado del Yo que siempre será imaginario, y de los prejuicios y teorías de lo secundario.

Vivir en un eterno retorno a los infiernos es la tragedia a la que el analista se en-

frenta día a día, y habría que ver cuántos analistas están dispuestos a hacerse este cuestionamiento constante que implica desarmarse las 24 horas del día, 7 días a la semana.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P.** (1977) La violencia de la interpretación. Buenos Aires. Amorrortu.
- Baranger, M y Baranger, W** (1969) "La situación analítica como campo dinámico" en Problemas del campo psicoanalítico. Buenos Aires. Ed. Kargieman.
- _____ (1982) "Proceso y no proceso en el trabajo analítico". Rev. de psicoanálisis XXXIX No. 4
- Freud, S.** (1912) "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico". O.C. Buenos Aires. Amorrortu.
- _____ (1900-1901) "La interpretación de los sueños". O.C. Buenos Aires. Amorrortu.
- Green, A.** (1974) De locuras privadas. Buenos Aires. Amorrortu.
- Lacan, J.** (1975) "La dirección de la cura y los principios de su poder". Escritos 2. Siglo XXI.
- _____ (1961) Seminario 8 La transferencia. Argentina. Paidós.
- Laplanche, J.** (2012) Problemáticas VI. El *après coup*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Mannoni, M.** (1989) De la pasión del Ser a la "locura" del saber. Argentina. Paidós
- Racker, H.** (1958) Estudios sobre técnica psicoanalítica. México. Paidós.
- Sapisochin G.** (2013). Second Thoughts on Agieren: Listening to the enacted. *International Journal of Psychoanalysis* 94: 967-991.
- Winnicott, D.** (2001) Realidad y juego. Barcelona. Gedisa.